



Profesor José Ignacio Barberi.

NOTA EDITORIAL

DISCURSO

**pronunciado por el profesor Calixto Torres Umaña
en los funerales del profesor José Ignacio Barberi.**

“Señores:

En lo alto de la colina, donde la diosa Gloria reparte el bálsamo que da la inmortalidad, confluyen numerosas sendas, cada una de las cuales guarda en sinuosidades los diferentes aspectos de la belleza y de la verdad.

Al lugar de donde parten aquellas sendas, llegó cierto día un viajero

ansioso de conseguir el néctar que lo libertara de la muerte y púsose a vacilar sobre cuál de ellas debería seguir: atraíale a veces la ilusión de paisajes jamás imitados por pincel humano, o la de escuchar la sinfonía aún no entendida que orquesta la naturaleza; a veces el deleite de parajes en donde se palpa la verdad pura y sublime.

Pareció decidirse al cabo, y emprendió la jornada; más no bien hubo recorrido los primeros estadios, cuando le asaltó la idea de iniciar su espíritu en otras emociones. Y vaciló así varias veces, y varias veces desanduvo, hasta que eligió al fin un camino definitivo, sin más pensamiento que el de llegar pronto al templo en donde la diosa Gloria guarda el talismán de la inmortalidad.

Mas sucedió que antes de llegar al término de la jornada, presentósele de repente una figura pálida que extendiendo sus descarnados brazos, detúvole paralizado y díjole: "Habéis perdido en vanos intentos y vacilaciones lo que os hubiera bastado para conquistar la plenitud de vuestro anhelo, mas acaba de pasar el último segundo de un tiempo que ya no podréis recuperar jamás".

Y cuenta la leyenda que el viajero aquél llora todavía desde la lobre-guez de su exilio y que en vez de las ilusiones de gloria y de eternidad con que soñara, siente acercarse el pavor del olvido, que es la nada.

Hace quince años, con ocasión de las bodas de oro profesionales de este gran filántropo, esbozaba yo este símbolo de los que pasan por la vida entreteniendo sus actividades en objetivos diferentes, dilatando en superficie, sin profundizar obra alguna que los haga acreedores a la gratitud humana. Ensayaba yo este apólogo de la constancia, ante la figura de esa personalidad hoy dividida entre esto, que fué su envoltura carnal y que recibe el homenaje póstumo de las multitudes y la energía que aún vive en sus obras y vivirá mientras clame el dolor infantil y vibre en el alma humana la misericordia.

Fué él el iniciador de los estudios de medicina infantil entre nosotros y fué el fundador de la cátedra de pediatría en nuestra Facultad de Medicina, que lo hizo su profesor honorario; fué el primero que pensó en la protección infantil en Colombia y fué el iniciador de la escuela de enfermeras en nuestros hospitales. Por esto vengo a decir a nombre de la Facultad de Medicina y a nombre de la junta directiva del Hospital de la Misericordia, algunas palabras de despedida a los despojos mortales de este grande hombre que hoy nos abandona materialmente, aunque siga viviendo en su recuerdo.

Porque la vida material, no es la vida; es una preparación para la verdadera vida que es la lluvia eterna que fecunda siempre, es la fuerza iónica del átomo que produce las grandes transformaciones de los cuerpos; es la forma desconocida de energía que va pasando de generación en generación, como el eco fragoso de la tempestad que a través del espacio choca contra las moles y se devuelve, cambiando su intensidad, modificando su tono, pero conservando siempre el mismo impulso que le dieron dos manifestaciones contrarias de energía, que estallan en la caricia de dos nubes; es la obra que engendra esta energía y que subsiste a través del tiempo.

Si la talla moral de un hombre, se mide por el bien que haya hecho a la comunidad en que vive, no hay en los últimos lustros de vida de este país, quién haya superado en valor a José Ignacio Barberi. Porque el mayor bien que puede hacerse a un pueblo, está concretado en el favor que se dispense a sus hijos, en el bienestar que se procure a la población infantil, vástago cuya fortaleza es condición indispensable para la fortaleza futura de la especie.

Así como el instinto paternal de amor y de protección en los animales, se debe a la influencia de ciertos productos endocrinos, que son, al mismo tiempo, fuente de vigor y lozanía, también la fortaleza de las naciones se distingue por el amor que despiertan los niños, por el cuidado que se preste a su salud, por el deseo de encaminar aquellos organismos en formación, hacia la constitución de individuos robustos.

Es que, por diversas razones, la vida moderna multiplica las influencias nocivas del medio ambiente, influencias que se hacen sentir más intensamente sobre los organismos en vía de formación, pero que, por fortuna, son compensadas por la acción fecunda de la ciencia profiláctica. Por eso el febril empeño de los grandes Estados en prevenir aquellas causas, que una vez adueñadas de los organismos dejan, cuando no los destruyen, el rastro más o menos intenso de su acción deletérea.

Alguien dijo que el político piensa siempre en la próxima reelección, y el hombre de Estado en la próxima generación.

Hace treinta años no pasaba por la mente de nuestros conductores la idea de proteger la infancia, y no existía aquí otra obra de protección infantil que el Hospital de la Misericordia que constituye hoy, todavía, el más poderoso baluarte de la protección del niño en Colombia y que surgió milagrosamente de la poderosa energía de un hombre sin recursos pecuniarios, pero poseedor de una voluntad, de una constancia de las que

son capaces de realizar las grandes obras. Se anticipó así a la iniciativa de los hombres de Estado, que debieran saber que la misión del gobernante es hacer la felicidad de los asociados y que si la felicidad es la posesión plena de la vida, no puede existir donde la raza languidece en el preludio de su formación.

Fué la compañera de sus días felices, la que concibió la idea; la que formó con él un hogar que por dichoso, no cerró sus ojos misericordiosos a la dolencia ajena y tuvo la idea magnífica de ampliar aquel hogar y extender su palio de felicidad hasta los tiernos seres en cuya vida, que se esboza apenas, clavan ya sus garras los más grandes dolores, humanos: la enfermedad y la miseria.

Pero aquella mujer, cuyo corazón guardaba todo el tesoro de caridad y de ternura de la mujer colombiana, no alcanzó a ver iniciada la obra que imaginó; mas como si su vida llena de promesas, hubiera pasado a la realización de la idea, el Hospital de la Misericordia recibió, después de su muerte, el potente impulso del "dolor de los grandes amores, que encuentra consuelo en el amor de los grandes dolores".

Y la idea de realizar la obra, se fué apoderando de tal modo del ánimo de Barberi, que llenó todo su cerebro, su voluntad y su vida y consagró a ella su tranquilidad, su escasa fortuna y la tenacidad de un esfuerzo que, en vez de disminuir, pareció agigantarse con los años, hasta caer vencido por la muerte, que deja viva aún su energía siempre vigorosa, en el espíritu de aquel suntuoso monumento que fecundó el dolor.

Porque la enorme carga de energía que acumuló la vida de José Ignacio Barberi, empieza a renacer ahora, empieza a vivir, cuando la forma material que la albergó, principia a deshacerse, en el desvanecer fatal con que termina la materia; pues la supervivencia, a través de los tiempos, es el galardón que se ofrenda a las obras realizadas con talento y con constancia.

La vida, la verdadera vida, la que perdura por generaciones y generaciones no es para los desidiosos ni para los indiferentes ni para los egoístas, sino para los que han pasado su existencia aferrados al yunque del trabajo por el bien de sus semejantes.

Fué él, constitucionalmente altruista. En su espíritu no cupo jamás nada que no fuera la generosidad misma. Todo el que lo conoció fué su amigo de corazón, y la bondad brotaba de su alma, como el agua pura de su manantial.

El Hospital de la Misericordia, ese monumento magnífico de desinte-

rés y de constancia, ha de ser el recuerdo permanente de su memoria y así como se levanta allí el busto que le fué ofrendado en vida, ha de cambiar en adelante el nombre de La Misericordia, que hasta hoy ha llevado, por el de José Ignacio Barberi.

Puede dormir tranquilo él, su eterno sueño, que su memoria será guardada por los numerosos discípulos que en generaciones sucesivas han de poblar el país y por las numerosas generaciones que reciben y han de recibir los grandes beneficios de su obra, y que pueblan y seguirán poblando esta patria.

